

## MERCURIO

Siglos II-IV d. C.

Bronce

Figura: 17,5 x 8,1 x 5,4 cm.

Peana: 8,7 x 16,9 x 9,3 cm.

San Salvador de Seiró, Vilar de Barrio, Ourense

Donación de D. Francisco Conde-Valvís, 1918

Nº Inv.: 339

Entre los cultos que se practicaron en Roma ninguno penetró tanto en el pueblo como el dedicado familiarmente a los genios tutelares de la casa: los *Penates*, genios destinados a proveer los alimentos indispensables para el sustento humano y los *Lares*, espíritus de los antepasados que velaban por sus sucesores.

A pesar de su variada tipología, los más conocidos por todos fueron los *Lares Familiares*, personificaciones del espíritu protector que tenían la misión de proteger la salud y favorecer la prosperidad de la familia y todo lo que les atinge a las personas, a los campos y a la hacienda.

Se pueden distinguir dos períodos en el culto a estas divinidades. El primero hasta finales de la República, presentando un carácter familiar y rústico y otro desde comienzos del Imperio, en el que Augusto instaura muchos cultos olvidados, y el culto a los *Lares* sufre una transformación radical, debido a un refinamiento de la vida y a un cambio de sentido en las ideas sobre el alma.

La creencia en los *Lares* estaba tan fuertemente arraigada en la conciencia religiosa del pueblo romano que en muchas zonas sobrevivió a la desaparición del sistema religioso, del cual formara parte en su origen. El golpe definitivo al culto doméstico tuvo lugar en una fecha tan tardía como fue el año 392 d. C., por medio de un edicto del emperador Teodosio (*Codex Theodosianus*) por el cual se prohibía la veneración de los *Lares* y los *Penates*.

El culto que se desarrollaba alrededor de estas figuras tenía lugar en el atrio, o si se trataba de casas más modestas en la cocina, ya que allí estaba el "hogar", núcleo central de la vivienda. Se colocaban estas figuras en un pequeño hueco de la pared, que con el tiempo derivará en formas más

complejas, incorporándose elementos de decoración arquitectónica que imitaban fachadas de los templos e incluso figuraciones pictóricas, acompañadas también de un ara o altar para ofrecerles sacrificios y oraciones a las divinidades.

Los actos del culto consistían en "libaciones" y también en ofrendas de animales como gallos, conejos y corderos y quien oficiaba estos ritos como sacerdote ante toda la familia era el *pater familias*.

El éxito de este culto hace que las antiguas imágenes de barro o las talladas en madera fuesen sustituidas por nuevos modelos, generalmente en metal, elaborados técnicamente mediante el sistema de molde y fundición y por el método de la cera perdida, exigiendo un cierto nivel técnico que implica el trabajo de especialistas.

En Hispania como en el resto de las provincias, Roma asimilaba sus divinidades con las autóctonas, reinterpretando y unificando simbologías. De esta forma se instauró el culto a Mercurio y a los *Lares* en la Península. Las áreas de mayor difusión fueron la zona Tarraconense y la Lusitana. El culto a Mercurio se desenvuelve en las rutas comerciales y en los nudos de comunicación.

En esta figura aparece Mercurio como un adolescente, de pie, prácticamente desnudo, apoyado sobre la pierna derecha y flexionando ligeramente la izquierda. El cuerpo, levemente contorsionado, señala los detalles anatómicos. Lleva la *clámide* colgada sin ningún tipo de sujeción y se recoge en tres gruesos pliegues. El brazo derecho se separa del costado, portando en la mano la clásica bolsa o marsupio de forma trilobulada, símbolo de la actividad comercial. En la mano izquierda se advierte el lugar en el que encajaba el desaparecido *caduceo* que porta Mercurio como mensajero de los dioses, siendo a la vez símbolo de la paz y las conciliaciones.

La cabeza va tocada con un amplio *petasos* alado que cubre toda la parte posterior hasta la nuca, mientras en la parte delantera asoman ensortijados mechones que dejan la frente semioculta.

En lo alto del *petasos*, entre las dos alas, hay un pequeño orificio del que no está clara su funcionalidad. Del rostro, algo deteriorado, indicar que en los

ojos tiene perforados los círculos de las pupilas, los párpados fuertemente marcados y señaladas las comisuras de la boca.

La figura es buena en cuanto a proporciones y modelado, estando en general bien ejecutada aunque descuidada en algunos detalles. Presenta ciertas imperfecciones debidas a la fundición, observándose abundantes orificios en la superficie de la pieza, producto de las burbujas del aire.

La figura asienta sobre una base o plataforma circular, formada por una lámina de bronce de borde dentado, ornamentada por tres flores de lis y elevada sobre dos perros –le falta el tercero- que la sujetan con sus patas delanteras. El hecho de haber aparecido ambas piezas en el mismo lugar hace verosímil que formaran parte del mismo conjunto, en el que Paloma Acuña no descarta la posible existencia de otros elementos que lo completaran (pudiendo responder a ello el mencionado orificio en el *petasos*).

Autores como García Bellido no creen que la peana se corresponda con la figura, sino que ésta asentaría sobre un pedestal redondo y moldurado como es lo habitual en este tipo de representaciones.

Se encontró en San Salvador de Seiró, ayuntamiento de Vilar de Barrio, en un lugar situado a 2 kilómetros de la vía romana de Braga a Astorga, donde es probable que hubiese algún *lararium* conteniendo ex-votos de los legionarios romanos.

Se trata de una pieza de carácter profundamente romano, estrechamente ligada al arte culto y oficial, que ofrece numerosos paralelos de amplia difusión espacial y gran perduración temporal en las diversas provincias del Imperio, constituyendo un buen ejemplo de la romanización del territorio.